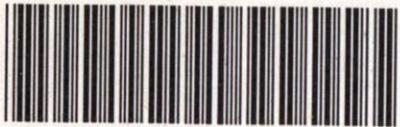


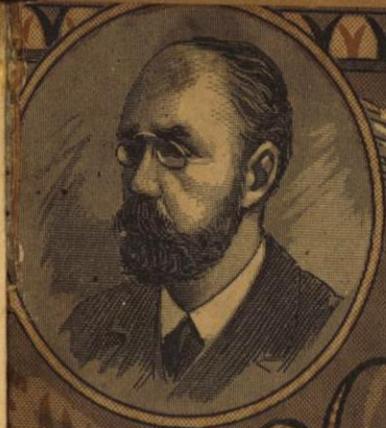
EMILIO ZOLA

ROMA

PQ2516
.A67
1896
v. 1



1020167040



BIBLIOTECA
MAUCCI

ROMA

MILIO
OLA

TOMO
9



M. MAUCCI

BIBLIOTECA MAUCCI

LAS TRES CIUDADES
LOURDES, ROMA, PARIS,

ROMA

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN DE

AGUSTIN DE CARREAU



BARCELONA

LIBRERIA Editorial de M. MAUCCI

8, CONDE DEL ASALTO, 8

1896

PQ2516

A 67

1896

v.1



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE UAHNL

FONDO
LITERATURA

Queda hecho el depósito que
marca la ley.

Se prohíbe la reproducción
de esta obra en cualquier for-
ma que sea.



PRÓLOGO

Una conversación con el autor de "ROMA."

Le Journal, da principio hoy (1) á la publicación de ROMA. Sábese que este libro es el segundo de una trilogía que comprende LOURDES, ROMA y PARÍS (2). En el primero, que aún está presente en la memoria de todos, hemos visto agonizar al antiguo catolicismo después de una historia de dieciocho siglos y al héroe del libro, á Pedro Froment, perdida la fé, preguntarse con angustia si no sería matar á la Humanidad el privarla de su sueño y si á una sociedad, para vivir, no le hace falta la policía moral de un culto. Pedro Froment nos hace entrever una religión nueva que debería acomodarse mucho mejor á las conquistas de la ciencia, que estuviese más cerca de la vida real y diese á la tierra una parte más am-

(1) Sábado, 21 de Diciembre de 1895.

(2) LOURDES. De venta en esta librería editorial: forma toda la obra dos tomos del tamaño de ROMA.

La propiedad para España de ambas obras, ha sido adquirida por esta librería: oportunamente se anunciará la publicación de PARÍS.

plia: una religión que no fuese sobre todo un apetito de la muerte. Pero, ¿en dónde está la fórmula? ¿En dónde el dogma? Estas son las preguntas que se hace Froment á sí mismo en el momento en que termina el libro.

Veamos la segunda etapa: Roma. Es allí en donde late el corazón del catolicismo, ese antiguo poder que lucha contra las nuevas tendencias de la democracia; allí en donde aún subsiste en pié todo ese *vetusto armazón* de misterios y de dogmas que hace frente á la ola ascendente de las verdades conquistadas. Todo el problema que se propuso Pedro Froment, agítase allí. Roma, sin hablar de su población y de su rey, es la ciudad antigua, la ruína del mundo antiguo, es León XIII, helada encarnación de antiguas creencias. ¡Qué figura más hermosa la de ese papa que comprende perfectamente que la fé se va, que se le escapa el ascendiente espiritual ejercido sobre el mundo entero por sus antecesores, pero cuya figura es aún, sin embargo, muy grande, por qué la humanidad tiene siempre hambre de ilusión.

¿Qué surgirá mañana de esa ciudad antiquísima, de ese polvo de los siglos? ¿Será lo que surja la nueva religión entrevista por Pedro Froment, una religión cristiana bañada en las más puras fuentes del Evangelio, hecha más amplia, más tolerante, en una palabra, más conforme con las exigencias del alma moderna? Como se vé la pregunta hecha es de trascendencia y el libro segundo no apasionará los ánimos menos que el primero; no será menos discutido por que es la obra de un pensador, que se guardó muy bien de afiliarse á un partido y que no tuvo más empeño que el de exponer aquello que le pareció verdad.

*
**

¿De qué manera fué concebido y escrito el libro ROMA? ¿Cuál es la historia de ese libro del que ofrecemos las primicias á nuestros lectores? Esto fué lo que pregunté al Maestro y he aquí de qué manera me respondió:

—El espectáculo que ofrece Roma, es un espectáculo único en el mundo; no hay ciudad que tenga para el pensador ó para el filósofo una fisonomía más curiosa. Representaos ese rey y ese papa que se observan, y ese pueblo, joven aún, que nació de dos derrotas; Sadowa y Sedan; ese pueblo de orgullo y de esperanzas inmensas, en esa ciudad que se intenta convertir en capital moderna ¡Qué lagar y cuantas ambiciones están en vías de hervir! Roma es el Palatino, el esplendor antiguo del reino de Augusto, hoy ruinas, árboles muertos, muros derrumbados; es también San Pedro que domina la ciudad, es en fin, el Quirinal, el palacio de los soberanos modernos que el rey mandó pintar de amarillo. Y en todo esto, y al rededor de todo ello, una multitud que bulle y hormiguea y que quiere suceder á la grandeza romana y á la grandeza papal... Temeroso de perderme en esa ciudad enorme, de ahogarme en ella lo mismo que el Oceano, fuíme á ella con un plan trazado, con una especie de añalejo. El tema de mi libro estaba trazado á grandes rasgos, pero ¡cuántos problemas abrazaba ese tema! Tenía que hacer evolucionar el mundo negro del Vaticano y el mundo blanco del Quirinal; necesitaba conocer la actitud de los cardenales, su importancia, hacer la parte de la antigüedad, de la edad me-

dia y de los tiempos modernos, saber si una religión renovada, rejuvenecida, podía arraigar en aquel suelo viejo, desprender la raza de la atmósfera, del clima y de su influencia en los personajes. ¡Todo esto eran otras tantas dificultades para un hombre que no había salido nunca de Francia!

Pasé allá abajo cerca de dos meses levantándome á las ocho, recorriendo hasta la hora del crepúsculo las calles, en que coloco la acción de mi obra, hablando con todos, anotando la hora del sol, siendo recibido por todas las clases sociales, haciendo esa vida diversa y múltiple y tomando el olor de todo ello. Interrogué las ruinas del Palatino, visité los jardines públicos y me empapé de la atmósfera del Vaticano.

Y todas las madrugadas, á las dos, hallábame aún ocupado en redactar mis notas. Era que estaba en un país desconocido; en una ciudad vista por la primera vez y de la que necesitaba adquirir una impresión de conjunto. Trabajo este muy diferente del que me costará PARÍS, en donde nació, crecí y he vivido.

Porque, teóricamente, tengo dos procedimientos. Uno que consiste en empaparme rápidamente de un asunto, de un tema, como lo hice en Anzín, para *Germinal*, en la Beauce, para *La Terre* y en los grandes almacenes para *Le Bonheur des Dames*. Para el que tenga buenos ojos, esto es lo que se llama una ducha de impresión. Yo experimento en el mismo instante la sensación física total de las cosas, por los ojos, por la nariz, por las orejas. Arrojo vivamente sobre el papel cuanto sentí y pasados algunos meses, cuando releo esas notas, paréceme ver otra vez y con intensidad el cuadro. Esto es, hasta cierto punto, una instantánea; podré no tener así quizás el alma de las cosas; pero al menos tengo su

aspecto bajo cierta iluminación, y algo mejor aún, la fisonomía, la expresión.

Mi segundo procedimiento consiste en vivir en el medio que quiero representar; de este modo la impresión física se destruye por el roce de la costumbre; la visión es menos neta, los ángulos se deforman en su arista, los detalles pierden el relieve y todo se embrolla. Sin esa impresión física puede reconstituirse ó poco menos; pero no tal cual la experimentásteis con la sorpresa del espectáculo nuevo, con el golpe en el estómago.

Tenemos pues, dos maneras de proceder; una enseguida, por relámpago; otra, lentamente; por madurez.

En el nuevo libro no tengo la pretensión de hablar de Roma como un viejo romano y muy bien concebiréis que yo no pueda vivir la vida de todos los personajes de mi libro. No tengo veinte vidas. No hablo de Roma, más que como un viajero, como visitante que fuí. Mi héroe Pedro Froment, pasa dos meses como yo y cuenta sus impresiones. Porque yo no creo por anticipado los personajes; hasta cierto punto me los van facilitando los hechos, son creados por los acontecimientos y se forman por sí solos, según las necesidades de la historia que he de contar.

Mi única ambición fué aquí la de mostrar en una especie de síntesis esa Roma, vieja, con sus dos mil quinientos años; ese suelo vetusto en el que una nueva humanidad trata de arraigar. Soy el hombre que trata de expresar lo que experimentó ante el espectáculo de esa ciudad, como ya os lo dije, única en el mundo. No me puse de parte de nadie, ni de parte del rey, ni de parte del papa; quise ser imparcial. Y esto precisamente es lo que me hace prever que mi libro no satisfará á nadie.

Pero, sean cuales fueren las discusiones que provoque, será, necesito decirlo, más obra de conciencia y de sinceridad y tal vez hasta el esfuerzo más grande que yo haya hecho. Porque la materia de que hay que tratar es inmensa, é inmensa también esa totalidad de evocación. Sí, mi más grande esfuerzo... Es más grande que el de *La Debacle*, más humano, de una aspiración más elevada. Se verá...

Y Zola, con nervioso gesto que revelaba el estremecimiento de la obra lanzada al mundo, añadió esta frase con la que yo terminaré este artículo:

—Y ahora, dejad hablar al libro.

E. CLERGE.

Dos palabras.—Al adquirir la casa editorial de *Manuel Maucci*, del insigne escritor Emilio Zola, el derecho y la exclusiva de publicar su última obra ROMA y encargarme á mí de su traducción, pensé que debía preceder á ésta un breve estudio acerca de tan notable escritor y del caracter de sus principales obras. Había empezado ese trabajo, que tal vez algún día se publique, cuando ví en *Le Journal* un artículo en que el señor E. Clerge, dá cuenta de una manera muy discreta de una entrevista celebrada con el Maestro y decidíme á que ese relato figurase á la cabeza de la obra por su caracter marcadamente personal, pues, como verá el lector, dicha entrevista es á manera de una hoja arrancada por Emilio Zola á su autobiografía y ofrecida al lector, por que en ella dice detallamente de que modo concibió el plan y preparó los materiales de una novela que, hasta por sus propios detractores y enemigos, que no pueden

por menos de reconocer su talento é inclinarse ante él, será considerada como la obra maestra, como la mejor de todas las suyas é hija de poderoso esfuerzo intelectual y en la que describe de admirable manera la lucha de las tendencias de las diversas escuelas que tratan de imponer su criterio para la dirección y desarrollo de la sociedad y de los poderes que han de regirla.

Ante lo que el mismo autor de ROMA dice y relata con tanta lealtad ¿que era lo que yo podía decir? Nada y por esa razón preferí copiar esa página interesantísima al lado de la cual sería desmedrado é incoloro cuanto se propusiese decir

EL TRADUCTOR.

Barcelona, Enero de 1896.